

La Hora

SEMANARIO SOCIALISTA

¡Compañeros!

Estamos en pleno invierno.
Los presos necesitan más
que nunca de vuestra ayuda.

Enrique de Francisco, ex secretario del Partido Socialista explica las razones de su dimisión.

“Es necesario restablecer la verdad que se está desfigurando deliberadamente. Se ha pretendido a sabiendas, hacer saltar de su puesto por razones de dignidad, al Presidente del Partido. Los miembros del C. N. representan legalmente al Partido, pero su pensamiento está divorciado del de las masas. Es necesario definir bien la fisonomía, estructurar y depurar el Partido; éste ha de estar compuesto por un bloque homogéneo”.

Son de tal gravedad los hechos ocurridos en el Partido que a nadie le es permitido permanecer impasible. Mas si se trata de jóvenes socialistas sería suicida permanecer al margen de la lucha. Mostramos nuestro criterio en el seno del Comité Nacional. Tenemos que exponerlo públicamente. Es necesario que las masas obreras sepan la verdad de lo ocurrido. Me parece —nos dice el camarada De Francisco— necesario restablecer la verdad de hechos que en estos momentos se están desfigurando deliberadamente.»

Lo ocurrido no es ninguna novedad. Es una realidad que se venía dibujando con anterioridad al movimiento de Octubre. Había interés en producir esta situación. ¡Estarán satisfechos de la hazaña! Cuando el Presidente del Partido estaba privado de libertad se quería, con alevosía, apartarlo del puesto. No importa. Las masas obreras, las socialistas, están identificadas totalmente con esos hombres y cuando la ocasión se presente barrerán todos los obstáculos que impiden mantener en la dirección del Partido a los auténticos representantes de los trabajadores.

Queríamos dar una información exacta sobre lo ocurrido. Lo hemos logrado con las manifestaciones que a continuación publicamos de uno de los compañeros que han dimitido a la vista de la manobra centrista-reformista.

Catorce meses privado de libertad. No importa esa circunstancia de la que unos se duelen sinceramente y otros se aprovechan descaradamente. A pesar de ello no impedirá a nuestro camarada seguir trabajando como hasta aquí.

Oigamos sus manifestaciones en extremo interesantes que salen al paso de las que en estos momentos se están divulgando por ahí como antes se extendieron cartas y más cartas sin tener la gallardía de mantenerlas.

Se desfigura la verdad de modo deliberado

Comienza su charla De Francisco, manifestando lo siguiente: —Plenamente convencido de que mis opiniones personales les tienen perfectamente sin cuidado al noventa y nueve por ciento de los ciudadanos, no me presté jamás a someterme a las torturas de una entrevista.

Me presto hoy, no porque crea que al contestaros pueda decir cosas importantes, sino porque al quedar libre de las trabas que impone el ejercicio de un cargo, me parece necesario restablecer la verdad de hechos que en estos momentos se están desfigurando deliberada o inconscientemente. Yo creo que de modo deliberado.

Se ha pretendido a sabiendas hacer saltar de su puesto al Presidente del Partido.

—¿Qué razones tuvieron los miembros de la Comisión Ejecutiva del Partido para dimitir sus cargos? Es la primera pregunta que dirigimos al camarada De Francisco, él con un gesto, se apresta a contestarnos.

—Yo no debo—dice—hablar de las razones que los miembros de la Comisión Ejecutiva hayan tenido para dimitir sus cargos. Expongo solamente los que yo he tenido para hacerlo.

Es sabido que la dimisión del camarada Largo Caballero, se ha promovido reproduciendo una cuestión que fué ya liquidada en la reunión celebrada por el Comité Nacional en 1934. En aquella ocasión, el mismo ex ministro que ahora la ha reproducido expuso su criterio contrario a que la minoría parlamentaria proceda autónomamente como establece la Organización general del Partido asumiendo las responsabilidades de sus acuerdos. Al pronunciarse en aquella ocasión el Comité Nacional de acuerdo con el camarada Prieto, se produjo la dimisión de Caballero. El Comité Nacional rectificó su acuerdo, pero Prieto accediendo a esa rectificación se reservó su derecho a mantener su criterio en ocasión oportuna. Yo también me quedé solo, pues W. Carrillo y Pascual Tomás se encontraban en la cárcel, en aquella ocasión manteniendo el criterio de Caballero. Este volvió a ocupar su puesto cuando el acuerdo fué anulado.

Posteriormente se ha reproducido más de una vez en el seno de la Comisión Ejecutiva y si bien en ella se han manifestado algunos criterios discrepantes, los acuerdos de respetar el texto de la Organización y, en consecuencia de que la Minoría es llamada a adoptar resoluciones en lo que afecta a su actuación parlamentaria, se han hecho constar por unanimidad. Así se ha hecho constar en la Memoria presentada al Comité Nacional aprobada también por unanimidad sin hacer salvedades de ninguna especie y así, lo que al Comité Nacional se ha llevado no es el criterio de éste o de los otros miembros de la Ejecutiva sino el de ésta como organismo para que como tal sea juzgado. Es indudable, al menos para mí, que una rectificación del criterio de la Ejecutiva hecha por el Comité Nacional en materia de tal importancia, implica de hecho—aunque no fuera tal la intención—la declaración de que no hemos sabido interpretar los principios orgánicos y por ello no hemos sabido estar a la altura que demandaban las circunstancias. Pero admitiendo que este no fuera motivo bastante para que la Ejecutiva dimitiera, hay otros que obligaban a algunos de nosotros a hacerlo. A los que entendemos que de un modo premeditado, inoportuno, y por el antecedente innecesario, se ha reproducido una cuestión que tenía necesariamente que producir estos resultados, sin que acertemos a encontrar verdaderas razones justificativas para esa reproducción. A quienes estimamos que el Comité Nacional con su acuerdo modifica preceptos orgánicos sin derecho alguno para hacerlo, siendo

la Comisión Ejecutiva la obligada a cumplirlos y hacerlos cumplir. Y a quienes consideramos que con ello se ha pretendido a sabiendas alcanzar el resultado obtenido, es decir, hacer saltar de su puesto por razones de dignidad al Presidente del Partido. En el orden personal, a nadie le interesa el grado de afecto personal que yo pueda tener por el camarada Largo Caballero; no tengo por qué poner pregonas a este respecto; pero afirmo que cualquiera que sea el grado de intensidad de ese afecto no ha influido ni poco ni mucho para adoptar mi resolución. Con lo que estoy solidarizado EN ABSOLUTO es con el criterio mantenido, y aún cuando hubiera discrepado de él en el seno de la Ejecutiva, en cuanto la deliberación se traduce en acuerdo mi solidaridad es ya con el acuerdo del organismo y si no existe esa solidaridad o quiero recabar mi libertad de acción en cuanto se haya tomado en contra de mi criterio me marché y obtengo así la libertad plena para defender mi punto de vista donde fuere menester.

Así pues, razones de mi dimisión; mi identificación plena con el criterio sustentado con el Presidente. Convicción plena de la improcedencia de que en el Comité Nacional se reprodujera esa cuestión con las circunstancias que la rodean y convicción absoluta de que el Comité Nacional al adoptar el acuerdo ha modificado o quebrantado preceptos orgánicos por carecer de facultades para hacerlo. ¿Está claro?

Los componentes del C. N. representan legalmente a los militantes; su pensamiento en cambio, está divorciado del de los afiliados.

—¿Cree que el Comité Nacional representa el sentir de las masas afiliadas al Partido Socialista?

—En el aspecto que pudiéramos llamar legal, el Comité Nacional representa al Partido; pero en el supuesto de que haya alguna excepción, que no lo sé, mi creencia es que los Vocales de este Comité no han expuesto más que una opinión puramente personal sin que, por lo tanto puedan garantizar que es la expres-

Hechos y perspectivas

La mayor realización de las Juventudes Socialistas en el año de 1935 es, incontrovertiblemente, su opúsculo «Octubre». Es cierto que ha levantado una polvareda como ningún otro documento político, trascendiendo fuera de nuestro país y originando una polémica de tal naturaleza que deja bien acreditada la importancia de su contenido.

«Octubre» no es la obra personal de nadie, es la resultante de la opinión juvenil socialista, justamente interpretada por la Comisión Ejecutiva. «Octubre» ha planteado una serie de problemas existentes, plenos de realidad que el propio Presidente del Partido Socialista estima necesario resolver. Hasta ahora «Octubre» ha continuado la decisión de las juventudes, al exponer, sin temor alguno, las próximas tareas del movimiento obrero revolucionario como condición inexcusable de su futura victoria. En todos sus puntos acertó «Octubre». Pueden existir errores, torcidas interpretaciones, si se quiere, excesos, pero todo esto es accesorio, puramente secundario, en relación con las premisas sustentadas después de Octubre de 1934 y en orden a las tareas a realizar en las próximas jornadas.

Que la dirección nacional ha interpretado fielmente el espíritu de las Juventudes Socialistas, lo atestiguan las adhesiones recibidas, como recurso burocrático y la política general del movimiento obrero como dialéctica irrefutable.

El Congreso Nacional de las Juventudes Socialistas marcó un camino en 1934. Pocos meses después, las juventudes hacían honor a los acuerdos adoptados. A primeros de 1935 se aducían enseñanzas de recientes experiencias. Marchamos contra la corriente en el primer momento, pero hoy, volviendo la vista al pasado mostramos satisfacción por nuestra ejecutoria. Las Juventudes Socialistas han sabido cumplir con su deber en la teoría y en la acción. No estiman concluida su labor en el ciclo revolucionario que viven y, por ello, sin cesar en su campaña para la ejecución total de los puntos contenidos en su folleto se aprestan a trazar nuevas directrices para próximas contiendas.

Las declaraciones de Largo Caballero demuestran que las Juventudes Socialistas pusieron el dedo en la llaga. Hay que transformar la constitución orgánica de nuestras cuadros, dotándolos de la agilidad necesaria para posteriores empresas. Esto es, elevar la potencia combativa del proletario por medio de una estructuración moderna en prevención de más amplias luchas, previniendo también la seguridad del triunfo proletario. Esta tarea lleva en sí múltiples esfuerzos y capacidad extraordinaria. Pero constatamos satisfactoriamente que ambas condiciones (esfuerzo y capacidad) son magníficamente eje-

(Pasa a la cuarta página)

ción de los sentimientos de los afiliados cuya representación ostentan. Hay una demostración evidente. ¿Conocían los vocales del Comité Nacional la proposición del camarada ex ministro? ¿Cuándo y dónde se han celebrado las reuniones en que dándole a conocer obtuvieron el criterio de sus representados? No habiéndose dado estas circunstancias, el criterio y el voto eran cosas puramente personales. ¿No aconsejaba la más elemental prudencia que en circunstancias tales los propios Vocales se hubieran inhibido de resolver la cuestión? A mi juicio hubiera sido la postura más adecuada y la más prudente. En estas circunstancias al menos no creo que el Comité Nacional interprete el sentir de la masa afiliada al Partido Socialista.

Para conservar la unidad es necesario definir bien la fisonomía del Partido, estructurarlo y depurarlo.

—¿Cree en la posibilidad de mantener la unidad del Partido? Ahora que se está empleando el tiempo en combatir la depuración del Partido, es en extremo interesante las manifestaciones que a continuación hemos recogido.

—Entendámonos. ¿Qué se entiende por unidad del Partido? ¿La conservación de un bloque heterogéneo de tendencias y de conductas a cuya conservación haya que sacrificar incluso principios esenciales de doctrina o de táctica? ¡Ah! con tales condiciones y prestándose a ello todos los individuos, en cualquier circunstancia puede conservarse la unidad.

¿Se entiende por unidad del Partido la aceptación y el respeto a sus principios, a su táctica y a las aspiraciones legítimas de la clase trabajadora? Pues también puede conservarse la unidad, pero a condición de definir bien la fisonomía del Partido, de establecer una línea de conducta clara, de imponer, de manera responsable y de una manera clara, como se dice ahora, depurándolo de cuanto pueda entorpecer su desenvolvimiento.

Las navegaciones en lastré son siempre las más peligrosas.

O se acepta el criterio de la Ejecutiva o el del Comité Nacional. Es como hay que plantear la cuestión sometida a plebiscito.

Una última pregunta al camarada De Francisco.

—¿Caso de que fueran reelegidos—como nosotros esperamos—los compañeros que dimitieron sus puestos de la Comisión Ejecutiva, ¿qué situación se crearía el Partido?

—A mi juicio, el problema actual no se resuelve con que plebiscitariamente el Partido, aunque lo hiciera unánimemente reeligiese a los dimisionarios. El problema es otro.

En la reunión del Comité Nacional han quedado perfectamente dibujadas dos posiciones: una, la de los miembros de la Ejecutiva que creen interpretar justamente el espíritu del Partido y los preceptos de su Organización General. Otra, la de los miembros del Comité Nacional que a su vez creen lo mismo, pero adoptando posición o criterio diferente. Si el Partido plebiscitariamente se pronuncia simplemente por la reelección de los dimisionarios, habrá perdido el tiempo sin resolver el problema. Los dimisionarios, esta es mi creencia, mantendrán su actitud porque la causa del conflicto quedaba en pie. Es mi creencia que el Partido lo que tiene que resolver de una manera clara, sin sentimentalismos, con la simplicidad de un sí o un no, es si acepta el criterio de los ejecutivos o acepta la resolución del Comité Nacional. En este último caso, declarará que el C. N. es el que ha interpretado fielmente su pensamiento y sus deseos, en el primer caso, declarará que quienes lo han interpretado rectamente han sido quienes no han querido compartir la responsabilidad del acuerdo adoptado por el Comité Nacional por las razones anteriormente expuestas.

Si, como yo admito sin reserva alguna, los presentes momentos exigen el máximo aprovechamiento del tiempo constituiría una grave equivocación el hacer la consulta al Partido circunscribiéndola a que se produzca una reelección. Se ganará el máximo de tiempo—y todo aprovechamiento es poco—si la cuestión se plantea en los términos que a mí me parece obligado hacerlo. Con ello no se plantea al Partido ninguna difícil situación. Si el Partido declara que el Comité Nacional tiene razón al propio tiempo que hace esta declaración elige a quienes hayan de sustituir a los dimisionarios y queda la cuestión resuelta hasta que un Congreso pueda examinarla en toda su amplitud. Si el Partido declara que la razón está de parte de la C. E. y reelige a los dimisionarios, se entiende que los Vocales no le han sabido interpretar y a las regiones correspondrá el renovarlas por los procedimientos reglamentarios.

Pensar que a pesar de un plebiscito la C. E. pueda continuar desenvolviendo su acción con el mismo C. N., es de un optimismo rayano en la candidez, y ya tenemos edad para que nos ruborice un poco pasar por cándidos.

Con estas manifestaciones ponemos punto final a nuestra charla. Ahora esperemos a que los afiliados no se limiten únicamente a reelegir a los compañeros dimitidos, sino a manifestar su aprobación a la posición de la Ejecutiva, que es tanto como decir que interpreta el pensamiento del Partido y, por consiguiente, proceder al nombramiento de un nuevo Comité Nacional que recoja justamente el pensamiento de las masas obreras, pensando en la transformación de nuestro Partido, haciendo de él una organización netamente revolucionaria.

LEONCIO PÉREZ MARTÍN.

(Servicio de Prensa de la Editorial «Renovación» F. N. J. S.)

La Hora

SEMANARIO SOCIALISTA

Pontevedra, 28 de Diciembre de 1935

Número suelto: 15 céntimos

Compás de espera y desconcierto en la jauría

La extraordinaria expectación que había despertado en ciertos medios políticos el Consejo de Ministros anunciado para el jueves, quedó completamente defraudada una vez terminado aquél.

Eran muchos los que esperaban de este Consejo acontecimientos de importancia que viniesen a aclarar la situación, pues a su alrededor todo es nebuloso, vacilante e incierto.

Tan pronto parece una invariable realidad próxima la disolución de las Cortes —¿pero sería aún posible galvanizar ese cadáver?— como toma cuerpo el rumor de que su «existencia» se prolongará por todo el mes de enero. El mismo fenómeno de inseguridad y confusión se dá con respecto a la vida de este Gobierno. Si un día dá sensación de vitalidad, siquiera sea para acometer la disolución de ese Parlamento y convocar a la elección de otro, al siguiente día parece inevitable e inminente la crisis. En este aspecto, la opinión de que por momentos se procederá a un reajuste del equipo gobernante antes de proceder a la disolución, es más unánime.

De todos modos, cuanto pueda ocurrir parece queda aplazado hasta el 30, día en que volverá a repetirse la reunión de los ministros.

Mientras tanto, todos los politicastos se mueven con una velocidad prodigiosa. Otean, husmean, consultan y hasta se transforman... Abundan los «personajes» radicales y emilianistas que se convierten al portelismo en alza, como mañana se harían sotelistas si Calvo mandase; son los mercaderes de la política en el grado más abyecto, lo sin honor ni vergüenza. En lo rural: ya nadie es radical, ni cedita, ni agrario, ni «renovador»; ni lo son ni dejan de serlo; se escurren y cuando se lo preguntan contestan con evasivas. Como ser, esas gentes nunca supieron a punto fijo lo que son. Por de pronto caciques son sus títulos; pastores bien remunerados de unas docenas o centenares o millares de auténticos carneros.

En estos momentos, de todos aquellos partidos antimarxistas no queda por los pequeños pueblos de esta desdichada Galicia, más que una masa informe. El milagro lo obró Portela Valladares, al encaramarse en el Poder. Es la confusión producida por el desplazamiento del botín de manos de quienes desde hace dos años venían usufructuándolo. Pero la jauría se acoplará en cuanto se aclare el horizonte... que será pronto.

Hechos y perspectivas

(Viene de la primera página)

cutadas por las nuevas promociónes marxistas.

En primer lugar las Juventudes Socialistas deben iniciar una etapa superior, etapa que debe ser cubierta rápidamente para comenzar enseñada la obra culminante, demostrando a críticos y adversarios sus condiciones de lucha en el campo político y en el área sindical.

Cuanto dicen que las Juventudes viven alejadas del movimiento obrero falsean la verdad. Todo proceso tiene su orden cronológico y en el que vivimos, la etapa revolucionaria ha determinado una reacción política como consecuencia de una tradición apolítica. Pero este fenómeno propio del proceso aludido no significa abandono de la lucha sindical. Buena prueba es que las primeras conversaciones sobre unidad obrera corresponden a las Juventudes Socialistas. Uno de sus resultados es la fusión en la Unión General de las fuerzas de la C. G. T. U. Vencida esta etapa se prepara la siguiente, cuya es la unidad con los trabajadores de

la C. N. T. La corriente marxista del proletariado español es arrolladora y en el aspecto político todas las condiciones objetivas hacen prever su unidad en el seno del Partido Socialista. ¿Qué queda? La liquidación de las fracciones en nuestro movimiento. No es preciso profetizar sobre su derrota. Como argumentos, sobra la expresión diaria de las masas trabajadoras y su absoluta identificación con la política de las Comisiones Ejecutivas. Sin abandonar esta conducta las Juventudes Socialistas en 1936 deben redoblar sus esfuerzos para llevar a feliz término la reestructuración de nuestras organizaciones nacionales volcando en ellas las diversas corrientes del proletariado español y ajustándolas en condiciones de que, el próximo octubre, sea jornada victoriosa que conduzca a la clase trabajadora a la plena posesión del poder político. Si en 1935 las Juventudes Socialistas han estudiado y enjuiciado las condiciones previas para la victoria del proletariado, en 1936 deben contribuir a su transformación y capacitación para que esta victoria sea realidad.

CARLOS HERNÁNDEZ.

Carta que los presos de la cárcel de Madrid han dirigido a Francisco Largo Caballero

«Al compañero Francisco Largo Caballero.—Madrid. ¡Salud!

Querido camarada: Con indignación y sorpresa hemos conocido la maniobra de que Vd. ha sido víctima en reciente reunión del Comité Nacional del Partido.

No hemos pasado a creer, a pesar de los intentos de explicarlo de ese modo, que su dimisión irrevocable de la presidencia de dicho organismo obedezca a una simple discrepancia de interpretación estatutaria; entendemos que éste es solamente el pretexto escogido por el Comité Nacional para demostrar a Vd. su desafección.

Pero en el fondo hay un problema político, de tendencia, y a Vd. se le ha eliminado porque simboliza, no solo para los socialistas sino para la inmensa mayoría del proletariado, la posición revolucionaria y marxista, el espíritu del movimiento de octubre, los ideales de unidad proletaria y lucha antifascista que, cada día más, ganan el ánimo de nuestra clase; todo lo que nosotros, y al igual que nosotros, la inmensa mayoría de los militantes estamos dispuestos a reponer de nuevo en la dirección del Partido, cuando las circunstancias permitan el funcionamiento democrático de las organizaciones.

No hemos pasado a recatar a Vd. el dolor que nos ha producido ver que nuestro diario «El Socialista», al reaparecer después de catorce meses largos de arbitraria suspensión, no dedique una sola línea al hombre que tan merecidamente ha ocupado la presidencia del Partido, que acaba de librarse de las garras de la justicia burguesa, después de estar más de un año en la cárcel—habiendo atravesado en ese tiempo trances dolorosísimos con motivo de los cuales tuvo ocasión de saber a dónde llegaba la adhesión de muchedumbres obreras—; y que a los testimonios fervientes de simpatía y de adhesión de militantes y organizaciones, no se haya unido, ni una sola línea, de periódico que les representa.

Tampoco ha pasado desapercibida para nosotros la paradoja de que reclama unidad entre los socialistas, después de que por una especie de golpe de estado se le desplaza a Vd. de la dirección. Entendemos nosotros que la consigna de unidad no puede manejarse como patente de corso para acallar las legítimas protestas que lo acontecido va a levantar en nuestro campo.

La unidad del Partido no es la unidad de varios líderes, sino la de las masas que la componen alrededor de unas concepciones auténticamente socialistas, eliminando de entre aquéllos a los que no sepan interpretar esas concepciones.

Nosotros estamos plenamente convencidos de que usted, en el momento presente, es quien mejor interpreta, y por eso le enviamos el testimonio de nuestra adhesión más entusiasta, a la par que nuestra indignada protesta por la maniobra de que ha sido objeto, contra la cual se levantará—estamos seguros—todo el Partido como un solo hombre.

Más fraternalmente suyos que nunca, y de la Revolución Social: Amaro del Rosal, Santiago Carrillo, Felipe Pretel, J. Díaz Alor, E. de Francisco, W. Carrillo, Pascual Tomás, Carlos Hernández, Leoncio Pérez, L. Llanos, Ignacio Carmona, Lorenzo Bello, T. Gómez Egido, A. Yela, Fernando de Rosa, Santiago Pérez, Eloy de la Figuera, Enrique Nouvillas, A. Candelas, J. Fesser, J. Turregano, Antonio Arés, Etevlino Vega, S. Recuenco, A. Martín, Joaquín Fernández, Antonio de la Huerta, José Muñoz, Antonio Rodríguez, Julio Ferrío, Antonio Hernández, Angel Guerra, Gregorio González Gil, Pedro Galán, Nicolás Arroyo, Luis de Frutos, Miguel Jimenez, B. Eusebio, F. Esteban, Manuel Mauro.

Arturo Martínez Fernández

Grandes Talleres Mecánicos de Ebanistería

Muebles de todas clases
y estilos

BENITO CORBAL, 12 y 14. (FRENTE A LA FERIA)

A los forasteros y a los de la ciudad

Para comer bien y económico, visitad siempre

BAR LIMPIAS

(Detrás de la Cárcel)

Los nuevos dueños han mejorado el servicio, al mismo tiempo que rebajaron todos los precios.

Teléfono 227

El campesino y la República

Cuando en los últimos años de la monarquía la palabra República sonaba en el campo, era con una significación casi análoga a la que hoy tiene. Análoga, porque hablar de República era lo mismo que hablar de un nuevo reparto de la propiedad; era turnar en las funciones de hacer justicia; pero no en el pueblo escarnecido y ultrajado siglos y siglos, sino a los detentadores de la misma que ciegos por la ambición y adulterada su sensibilidad por la permanencia del crimen, nos han llevado hasta el estado presente, en que parece, los hombres no descendemos del mismo tronco. Aquí hasta discrepan de las narraciones bíblicas a que tan dados son.

Hoy, al recordar todo esto, tenemos que mirar al primer bienio de la República del 14 de abril y buscar allí algo que hoy debamos tener presente para que en el futuro no nos aflijan los mismos males que en el presente.

No puede ocultarse a ningún republicano que el campesino no ha estado preparado cívicamente ni en aquel día histórico, ni antes ni siquiera después de aquella fecha. ¿Razón? Muy sencilla. En España nadie se ha ocupado de hacer a los campesinos ciudadanos con honor. Lo único que se ha hecho, para que el escarnio fuese mayor, fué pedirles el voto cuando las elecciones se presentaban, y, como recompensa al hecho de poner una nueva argolla junto a las muchas que le sujetaban al amo sin corazón y sin dignidad, le daban una borrachera, símbolo de la humillación y precio del voto.

La República del 14 de abril tampoco ha hecho mucho para que el civismo ocupara el puesto de honor que le corresponde. Si algo ha contribuido a que aquél se manifestase fué con la libertad que en todos los órdenes del pensamiento hemos disfrutado y, a su amparo, la rebeldía apenas si quedan más que amarguras, porque el cacique ha tendido nuevamente la red a aquellos insubordinados, pero dignos ciudadanos.

Con estos hechos voy a justificar mi apelación a la República del 14 de abril.

Aquel período, glorioso a pesar de sus errores, ha reincidido en su desprecio a los campesinos. Y aquellos más optimistas, que esperaban un reparto equitativo de la riqueza y los tributos, se vieron defraudados, tristes desilusionados. ¿Cuál fué la causa? Su falta de organización. Como no había un organismo que velase por sus intereses, las promesas verbales tenían la categoría de apelaciones románticas que luego olvidarían conseguido el fin que con ellas se perseguía.

¿Cuál debe ser ahora la táctica a seguir? La organización inmediata, pero no en sindicatos controlados por señoritos, que no os dan la mano por no encontrar con la vuestra encallecida por el trabajo, sino en sindicatos controlados por vosotros.

HERMINIO BARREIRO CALVETE.
De la A. S. de Villagarca.

De Cambados

«Historieta histórica de un histórico pueblo».

EDAD ANTIGUA

Pueblo noble e hidalgo.—Señores feudales, esclavos y esbirros.—Caciquismo imperial.—Mucha sardina, marisco, legumbres y sabrosas frutas.—Buen vino Albariño y Espadairo.—Gente tranquila, fanática, sentimental y alegre por naturaleza.

EDAD MEDIA

Van esfumándose los señores feudales. Queda el caciquismo en pleno imperio absolutista. Nada prospera el pueblo y sigue su habitual ruta sin que nadie se preocupe—por su ignorancia—más que de trabajar y sufrir privaciones para sostener un señoritismo mal entendido. Se acentúa más el clásico buen humor de sus habitantes para olvidar penas, pero sigue la mansedumbre y servilismo... Se crea el «Casino de Caballeros».

EDAD MODERNA

Las castas decaen. Empiezan a surgir los nuevos ricos. Nos toca en suerte un virtuosísimo y celoso Párroco. Aguantamos resignados una dictadura digna de olvido. Se organiza el Pósito Pescador, una sociedad recreativa de artesanos y la Juventud Católica. Empezamos a vivir. Lucha electoral encarnizada el 12 de abril de 1931 y cambio de régimen. Un grupo de contendientes en esta lucha que no habían puesto un gramo de energías para conseguirlo, nos estremece con la fundación de un Centro Republicano. Los de la oposición fundan el Centro Socialista. Empieza una era de apetencia de saber y no se oyen más que discusiones político-sociales. El Cura, atento a

su juventud, no cesa de dar conferencias, cajetillas, alpargatas y cosas por el estilo. Se disuelve como el azúcar el Centro Republicano. Continúa el Socialista después de expulsar a casi todos los fundadores. Se crea la Derecha Regional y más tarde la Juventud de Acción Popular. También dicen que hay fascistas. No cabe duda que avanzamos, pero desaparece el buen humor y alegría, tan clásicos en el pueblo. Casi todos somos enemigos.

Octubre del 34. Persecución salida a los pocos socialistas que quedamos, por gente de todos los matices. Clausura del local y prohibición de propaganda. Todos los males del pueblo dimanan de ese puñado de socialistas. Es tal el avance, que saliéndose de las normas más características de aquí, empiezan a sucederse muchos, variados y atrevidos robos en casas particulares, comercios, sociedades, Casa-Ayuntamiento e incluso en una deshabitada perteneciente a la «madrina» de la Juventud Católica y directivos otros de Acción Popular. No cabe duda que practican bien aquello de Patria, Religión, Familia, Propiedad, etc... En esta etapa, como en todas, quedó limpio de mancha el honor socialista. Últimamente constituyóse un Comité de Izquierda Republicana, al parecer, bien orientado. Lo mismo en sus filas que en las nuestras, crece día a día el entusiasmo por conseguir una República mejor. Hay impaciencia en todos los sectores políticos por lo que vendrá. El tiempo será el encargado de continuar esta historieta de un histórico e hidalgo pueblo arosano.

UN SOCIALISTA

Cambados, diciembre 1935.

Trabajador:

Lee y propaga LA HORA